

ISSN: 1139-0107

ISSN-E: 2254-6367

MEMORIA Y CIVILIZACIÓN

ANUARIO DE HISTORIA

23/2020

REVISTA DEL DEPARTAMENTO DE HISTORIA,
HISTORIA DEL ARTE Y GEOGRAFÍA
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
UNIVERSIDAD DE NAVARRA

RECENSIONES

Armitage, David, *Las guerras civiles. Una historia en ideas*, Madrid,
Alianza Editorial, 2018
(Francisco Javier Caspistegui)
pp. 813-817



Universidad
de Navarra

RECENSIONES

Armitage, David, *Las guerras civiles. Una historia en ideas*, Madrid, Alianza Editorial, 2018, 318p. ISBN: 9788491810506. 22'45€ 

INTRODUCCIÓN. Presentación de la guerra civil. PRIMERA PARTE. Caminos desde Roma. Capítulo 1. La invención de la guerra civil. La tradición romana. Capítulo 2. La memoria de la guerra civil. Visiones romanas. SEGUNDA PARTE. Las primeras encrucijadas de la era moderna. Capítulo 3. Guerras civiles incívicas. El siglo XVII. Capítulo 4. Guerra civil en una era de revoluciones. El siglo XVIII. TERCERA PARTE. Senderos al presente. Capítulo 5. Intentos de civilizar la guerra civil. El siglo XIX. Capítulo 6. Mundos de guerra civil. El siglo XX. CONCLUSIÓN. Posfacio. Bibliografía. Índice analítico.

Estamos en un país en el que hablar de guerra civil siempre evoca unas fechas concretas, por más que el enfrentamiento entre compatriotas sea una práctica histórica arraigada en el tiempo. Esto nos da la impresión de saber reconocer con facilidad a qué hacemos referencia cuando utilizamos el sintagma «guerra civil». Sin embargo, más allá del reconocimiento e incluso del conocimiento concreto de los avatares que componen cada uno de los numerosos ejemplos disponibles en nuestro pasado, no ha sido tan frecuente la reflexión sobre el concepto en sí, con algunos ejemplos como el libro colectivo de Waldmann y Reinales, *Sociedades en guerra civil. Conflictos violentos de Europa y América Latina* (1999), el artículo de González Calleja, «Reflexiones sobre el concepto de guerra civil» (*Gladius*, 2000), el dossier dirigido por Jordi Canal en *Ayer*, 2004 («Las guerras civiles en la España contemporánea»), incluso el avance que el autor del libro comentado publicó en español: «Historia intelectual y *longue durée*: La guerra civil en perspectiva histórica» (*Ariadna histórica: Lenguajes, conceptos, metáforas*, 2012); o el libro colectivo editado por Eduardo González Calleja y Jordi Canal, *Guerras civiles: una clave para entender la Europa de los siglos XIX y XX* (2013) y Javier Rodrigo y David Alegre, *Guerras civiles en el siglo XX. Violencia, movilización, construcción nacional* (2019), entre otros ejemplos. Fue a fines del siglo pasado cuando «el estudio comparativo de esa noble criatura, la revolución, decayó rápidamente, mientras que el estudio de la bestia feroz, la guerra civil, experimentó un *boom*. Así fue como se redescubrió una verdad hasta entonces oculta, la de que el núcleo de la mayoría de las grandes revoluciones modernas fue la guerra civil» (p. 136); ya con el nuevo siglo, probablemente muy en relación con la diversificación del tipo de conflictos desde 2001, pareció plantearse en Occidente la necesidad de reflexionar sobre la caracterización de la guerra, su definición y rasgos principales, y el libro que aquí se comenta es un buen ejemplo de ello, a partir de una estela en la que figuraron Harry Eckstein, John Rawls o Michel Foucault —para quien «[!]a guerra civil [...] es en realidad la matriz de todas las luchas por el poder», p. 230— desde los años sesenta, conscientes de la necesidad de reflexionar sobre un fenómeno al que las ciencias sociales tan poca atención habían prestado.

En el libro que nos ocupa se argumenta, igualmente, el incremento de esta forma particular de guerra desde los años finales del siglo XX, aportando datos reveladores, como que desde 1989 «ha habido en cualquier momento un promedio de veinte guerras

RECENSIONES

intraestatales simultáneas, unas diez veces más que el promedio anual mundial entre 1816 y 1989». Que en ellas ha habido, desde 1945, «un total de veinticinco millones de “muertos en batalla”, sin incluir civiles»; además, estos conflictos tienden a ser más duraderos que los entablados entre estados y aun más en la segunda mitad del siglo que en la primera, y observan una tendencia significativa a repetirse; incluso desde un punto de vista social, los países más pobres parecen ser especialmente proclives a ellas (pp. 17-18).

El interés de este libro parte, principalmente, de la situación actual, de un problema del presente, de «un mundo en guerra civil» (p. 21). No tanto como un fenómeno que necesite descripciones, o el retrato de los acontecimientos, sino la reflexión sobre sus rasgos, características y elementos comunes, su conceptualización, en definitiva. Tal vez se pueda objetar sobre el interés o la utilidad que dicha reflexión pudiera suponer, pero como ya se señalaba desde comienzos del siglo XX, la historia no puede quedarse en el ídolo del acontecimiento, sino que necesita buscar lo que subyace a los hechos, los hilos de fondo que ayudan a entender a los seres humanos y sus acciones. En el trasfondo del libro, subyace la voluntad de erradicar (o al menos cuestionar) la presunta esencialidad del enfrentamiento civil, historizándolo (p. 255), haciéndolo contingente, un fenómeno construido que, de la misma manera, puede ser destruido o, menos radicalmente, comprendido junto a otros muchos fenómenos políticos, sociales o culturales, con los que se entremezcla y adquiere sentido. De ahí la posibilidad de configurar una «estasiología», o teoría de la guerra civil, primero por su extensión y persistencia, por su paradójico carácter legitimador, por su inhumanidad y capacidad destructiva, por su carácter histórico, en definitiva. La cuestión está, como ya habían señalado otros previamente, en la dificultad de precisar en qué consiste una guerra civil, y buena parte de esa dificultad proviene de que «la guerra civil no ha tenido identidad estable ni ha sido objeto de una definición consensuada. Puesto que se trata de un concepto fundamentalmente *político*, ha sido reinterpretado y desplegado de nuevo en múltiples contextos y con múltiples finalidades a través de los siglos. Puede parecer descriptivo y, sin embargo, es decididamente normativo, pues expresa valores e interpretaciones antes que una identidad estable, [...] su empleo entraña un juicio de valor» (p. 31). Y pese a ello, David Armitage establece una taxonomía de las tradiciones a partir de las cuales se ha construido en el tiempo la noción de guerra civil, básicamente la griega (*stasis*), la romana (*bellum civile*), la árabe (*fitna*) y la china-japonesa (*nei zhan, naisen*). Sin embargo, es en la romana en la que se centra, por su extensión en Occidente, por haber sido los primeros en vivir un conflicto interior como guerra civil, es decir, entre conciudadanos y como una forma de subversión de la civilización, y por suponer el modelo sobre el que se ha elaborado la interpretación predominante. A partir de la descripción de esos orígenes, aplica el autor ese origen a momentos especialmente significativos de los dos milenios siguientes.

Esta percepción, tan habitual a partir de la marcha de Sila sobre Roma en el 88 a.C., construyó un relato explicativo en el que la guerra civil parecía ser algo consustancial a la romanidad —el mito de Rómulo y Remo sería un buen reflejo del enfrentamiento fratricida que implicaba—, en buena medida por apoyarse en la condición de ciudadanía, de enfrentamiento entre ciudadanos, un relato que perduró y se recogió en la Europa posterior, hasta tiempos muy recientes, en el que la dureza y crueldad del enfrentamiento quedó resaltada por encima de otros rasgos y diferenciado con claridad de la *stasis* griega:

RECENSIONES

«durante más de un milenio y medio: la guerra civil se contempló con mirada de romanos» (p. 70). Y, sin embargo, los romanos emplearon la expresión con prevención y procurando esquivarla. Baste como síntoma que César solo la menciona en dos ocasiones en su libro, pero incluso Cicerón, al que se atribuye el primer uso de la expresión «guerra civil» en un discurso del 66 a.C., era reacio a su uso, al considerar que encarnaba los mayores males que podían sacudir a una ciudad-imperio, por más que viese en ella una innovación respecto a los griegos, pues implicaba la civilidad, la ciudadanía. Este fue su gran legado para la posteridad, su sello en una forma de percibir la guerra civil que, como queda señalado, arraigó y se mantuvo en el tiempo, por más que la actitud dominante fuese la del olvido, pues recordar «venía acompañado del peligro de exaltar las pasiones y reencender la guerra civil» (p. 81). Asumían que era un tema complejo, problemático, pero lo trataron, como hizo Lucano, con su *La guerra civil* (60-65 d.C.), muy seguido a partir de entonces por Dante, Chaucer o Grocio, entre otros. En definitiva, pese a las renuencias hacia el tema, trataron de «comprender la mayor maldición de su civilización» (p. 87), un acontecimiento que en tiempos de la república se veía como algo serial y que arraigaba en los orígenes de la propia Roma, pues ser civilizado era la precondition necesaria para la guerra civil. En la era imperial esa enfermedad se quiso sanar mediante la restauración de la monarquía o el imperio y, por último, con el cristianismo, se criticaba la mundanidad como origen último de la propensión a la guerra interna. Estas percepciones sobre el fenómeno fueron las adoptadas y seguidas por un Occidente que se miró en el espejo romano durante siglos, también para entender qué implicaba un conflicto de estas características. El impacto fue tal que, entre 1450 y 1700, «cinco de los diez libros más vendidos de historiadores clásicos eran historias de guerra civil. Las historias de Salustio fueron los dos textos reimprimados con mayor frecuencia, junto con César, Tácito y Floro, no muy detrás de aquel» (p. 106), sin dejar de lado a un Lucano que siguió proporcionando referentes en los siglos XVIII y XIX. A su luz se interpretaron enfrentamientos como los entablados entre Pizarro y Almagro, y la reflexión sobre las lecturas de su propio tiempo en Maquiavelo, Ben Johnson, Rousseau, Coleridge o Shelley, con las guerras civiles como elemento de civilización trasladado a otros ámbitos, pues ser civilizado era ser capaz de sostener una guerra civil. «Los europeos de comienzos de la era moderna concebían sus problemas internos como culminación de un ciclo de guerras similares que habían tenido lugar en Europa desde la caída del Imperio Romano y que parecían responder al patrón de las guerras civiles romanas» (p. 113). Por eso no es extraño que, para Hobbes «[l]a guerra civil, por definición, solo puede darse tras la creación de una comunidad (*ciuitas*). Antes de eso, en “la condición de hombres fuera de la sociedad civil (la condición que podría denominarse estado de naturaleza), lo que había no era otra cosa que una guerra de todos los hombres contra todos los hombres (*bellum omnium contra omnes*), guerra en la que todos los hombres tenían derecho a todas las cosas”» (pp. 119-120). Por su parte, para Locke, «mientras no se restaurase la autoridad justa, la guerra civil implicaba la extinción de la comunidad, el colapso de la sociedad civil, el abandono de la propia civilidad» (p. 127).

A partir de este fundamento romano, busca el autor su recepción y aplicación en momentos históricos señeros, marcados por la centralidad anglosajona, al referirse a la

RECENSIONES

revolución inglesa del siglo XVII, la independencia americana del XVIII, la guerra civil norteamericana del XIX y el siglo XX desde un punto de vista algo más amplio. En este proceso identifica cambios a partir del siglo XVIII, con la aparición de una nueva categoría política, la de revolución, que pese a las semejanzas con la de guerra civil, estaba «diseñada, en parte, para reprimir recuerdos de guerra civil y reemplazarlos por algo más constructivo, más esperanzador y con proyección al futuro» (p. 133). Esta idea, sin embargo, ya había sido rechazada por Foucault, al considerar la guerra civil como el rasgo fundamental de la «sociedad disciplinaria».

Se distinguieron entonces, para el autor, tres tipos de guerra civil: «sucesionista», «superseccionista» y secesionista. Las primeras eran características de las monarquías, por los conflictos derivados de la sucesión; en las segundas, los contendientes luchaban por la autoridad sobre un mismo territorio; y la tercera, relativamente nueva, tenía que ver con la voluntad de una comunidad de romper vínculos con la autoridad establecida y buscar su independencia. Los ejemplos de esta última eran Holanda y, sobre todo, EE.UU., al que se comenzó a ver como el ejemplo sobre el que tratar de profundizar en la reflexión, al buscar incluirlo en el marco del derecho de las naciones y, por tanto, reconocer la legitimidad de los beligerantes y aplicarles las leyes de la guerra, además de justificar la intervención exterior, pues ambas partes serían reconocidas como naciones y su guerra civil se convertiría en internacional. Esta fue la idea del suizo Emer de Vattel, que en la guerra de independencia norteamericana y en las de América central y del sur, entendidas también como guerras civiles, se propuso como instrumento de comprensión, en un contexto, el del *Sattelzeit* de Koselleck, en el que comenzó a necesitarse más la labor de reflexión que la de crónica o épica. Pese al inicio de cambios de percepción y a que comenzara a leerse también así la Revolución Francesa, como hizo Burke para justificar la intervención inglesa contra los revolucionarios, los viejos modelos romanos aun permanecieron vigentes. Y ahí sitúa Armitage la importancia de la Guerra de Secesión norteamericana como aquella en la que la vieja mirada de César, Salustio, Cicerón o Lucano comenzó a dar paso a ese nuevo modelo que surgió de la mano de la revolución. Así lo reflejaron los discursos de Lincoln y el apoyo legal que le facilitó Francis Lieber —definiendo conceptos como insurrección, guerra civil o rebelión—, con los que rechazaba la posibilidad de una secesión por considerarla un principio destructor que cualquier estado repudiaría al necesitar incluirlo en su ordenamiento si a él se hubiera acogido para nacer como tal estado. Y este principio, pensado en la estela de Vattel, lo aplicaba no solo al caso propio, sino que lo hacía extensible al conjunto de la humanidad, justificando el recurso a la guerra civil para defender la integridad del estado. De hecho, las reflexiones y el código de Lieber se extendieron y encontraron eco en Europa en el resto del siglo XIX, por más que las referencias romanas no desaparecieran como modelo interpretativo.

Llegado el siglo XX, señala Armitage la extensión del uso del concepto de guerra civil a todas las guerras europeas, en la estela de Napoleón, y especialmente a partir de la II Guerra Mundial. De hecho, casi todas ellas han caído bajo la órbita de instituciones internacionales; además, se han hecho ubicuas, hasta el punto de sustituir a las guerras entre estados como el tipo de enfrentamiento bélico más habitual; y, por último, su percepción se ha ampliado, pasando de hablar de guerra civil europea a guerra civil mundial:

RECENSIONES

«el reciente lenguaje de guerra civil global aparece como una intensificación de las perdurables ideas de guerra civil de origen romano, más tarde ampliadas e intensificadas por la expansión de empatía y de horizontes propia del cosmopolitismo» (p. 246). En cualquier caso, esto no ha implicado ni un mejor conocimiento ni una mejor definición, sino la constatación de que se trata de un concepto necesitado de revisiones continuas, entre ellas la de la plena aplicación de las leyes de la guerra también a las civiles. Pese a todo, se han dado intentos de delimitar con precisión matemática en qué consiste una guerra civil a fin de analizarla, o incluso de limitar sus ejemplos radicalmente, como hicieron John Keegan y Bartle Bull, que las dejaron en cinco: la inglesa del siglo XVII, la norteamericana del XIX, y la rusa, la española y la libanesa, todas en el siglo XX. Sin embargo, considera Armitage que sigue siendo un concepto controvertido y, en la mayoría de los casos, político, con todas las consecuencias que ello implica.

En definitiva, estamos ante un libro que despierta el interés por su erudición y transversalidad, por la preocupación que muestra su autor por acceder a otras áreas y conocimientos, desarrollando sus argumentos en la larga duración. Además, de entre las posibles opciones de análisis disponibles, como la historia política renovada, la historia de las culturas políticas, o incluso una historia social más tradicional, ha optado por una historia intelectual, una historia en las ideas, como señala con acierto en el subtítulo. Es, como queda señalado, una opción legítima que abre la puerta a esas otras miradas.

Junto a ello, tal vez destacar su centralidad anglosajona, en ejemplos, textos y referencias. Nada especialmente nuevo, pese a que el mero hecho de prolongar el análisis hasta la romanidad, aporte una perspectiva que amplifica, por más que también la herencia romana se tamice a través del filtro anglosajón. Además, también resalta cierto eurocentrismo o, como máximo, «occidentalcentrismo», sobre todo a través de la ecuación que asocia civilidad con herencia romana, lo que genera la pregunta sobre si es posible la existencia de guerras civiles más allá del marco europeo-occidental; incluso si cuando estas se producen en otras geografías y culturas, su caracterización se debe a la herencia occidental. No es en absoluto una objeción al planteamiento del libro, sino preguntas que surgen de su capacidad de sugerir y provocar, incluso de inspirar investigaciones que relacionen las propuestas que contienen estas páginas con casos más concretos.

David Armitage es profesor de Historia del Pensamiento Político e Historia Mundial en la Universidad de Harvard. También es profesor honorario de las universidades de Cambridge y Sydney y miembro correspondiente de la Real Academia de la Historia española, además de la australiana y la de Edimburgo. Es autor de *Theories of Empire: 1450-1800* (2008); *The Ideological Origins of the British Empire* (2009); *Las declaraciones de independencia: una historia global* (2012, orig. 2007); *Manifiesto por la Historia* (2016, orig. 2014), con Jo Guldi. Ha editado *Shakespeare and Early Modern Political Thought* (2012); *Pacific Histories: Ocean, Land, People* (2014); *Oceanic Histories* (2018).

Francisco Javier Caspistegui
Universidad de Navarra